

Al efecto se lanzaron manifiestos en todos los idiomas, anunciando que en la frontera francesa se había constituido una zona peligrosa cuyo paso se prohibía, bajo pena de muerte, a toda banda armada.

CAPÍTULO VIII

La última guerra

Tres cuerpos de ejército penetraron simultáneamente en territorio francés: uno se desbordó sobre las llanuras de Flandes, otro avanzó sobre Nancy, el tercero sobre Vesoul.

Esos cuerpos de ejército estaban formados por soldados alemanes, austriacos, ingleses, por hordas de cosacos y por algunos batallones de suministrados por los reinos balcánicos y los del Norte.

Tal certidumbre tenían los gobiernos aliados de aniquilar sin esfuerzo la revolución, que no se apresuraban a obrar contra ella. Querían dar solemnidad a la represión; querían que el castigo infligido a la clase obrera de Francia fuese tal, que helase a todos los pueblos de espanto, y desarraigase en ellos de una vez y para siempre todo intento de rebeldía. Para dar más lúgubre aparato a la ruina de la Francia

revolucionaria, los aliados tuvieron empeño en que fuera obra colectiva de los ejércitos de Europa.

La concentración de las tropas tardó en efectuarse, porque los militares que dirigían las operaciones iban despacio; no apreciaban el tiempo, contando con la seguridad del triunfo, burlándose de las decisiones del Congreso Confederal y de los trabajos de unos cuantos sabios que pretendían detener la marcha de los guerreros más reputados de Europa. No ignoraban los descubrimientos que constituían la confianza de los confederados; pero, orgullosos de su profesión, consideraban que nada había superior a un fuerte ejército.

Cuando juzgaran la hora propicia, decían con altanería, darían la señal de la invasión, y a galope llegarían a París, donde después de purgar la capital de revolucionarios, restablecerían el antiguo régimen.

Comenzada la invasión, los estados mayores del ejército coaligado se burlaron de las amenazas revolucionarias. Habían pasado la frontera; acampaban en la zona peligrosa y se hallaban perfectamente... La muerte no se había presentado.

Esas bravatas cedieron el puesto a la admi-

ración, mezclada con una punta de inquietud, que aumentaría considerablemente. A pesar de hallarse advertidos, de tal modo tenían incrustados en su entendimiento los métodos usuales de la guerra, que esperaban hallar una resistencia, por débil que fuera... Y, sin embargo, ¡nada! ¡nada! Ninguna tropa les cerró el paso. Los fuertes que antes guardaban la frontera premanecían silenciosos; casi todos habían sido desmantelados por los mismos revolucionarios.

En cambio, la marcha adelante era contrariada y dificultada por obstáculos variados. Los ferrocarriles estaban inutilizados; y además de puentes cortados y túneles obstruidos, se había aprovechado cada accidente del terreno, recodo, terraplén o desfiladero para hacerlos impracticables. Los caminos también habían sido hundidos u obstruidos con rocas o troncos de árboles amontonados.

Faltaba el agua: los pozos y los manantiales se habían infectado; los ríos y arroyos llevaban aguas cargadas de productos químicos nauseabundos y nocivos.

La población entera se había replegado, llevando consigo sus ganados, después de haber destruido las provisiones y cosechas que no podía trasladar. ¡Aquello era peor que el desierto! Los invasores no hallaban ante sí más

que desolación y ruinas. No podían avanzar en el país; antes de internarse necesitaban asegurar las comunicaciones y las provisiones.

¡Aquella guerra se anunciaba extraña!

Tanto, que al cabo de algunos días, sin haber visto un enemigo ni disparado un fusil; hallándose bajo el peso de la incertidumbre y de la ansiedad, los soldados se desmoralizaron más que si hubieran soportado el choque de una batalla, oído silbar las balas y estallar obuses y shrapnels.

Además comenzaba a declinar el estado sanitario. Los caballos fueron los primeros en sentir los efectos de las enfermedades epidémicas, que les aterraban rápidamente. La salud de los hombres se debilitaba por momentos: a pesar de las severas medidas de higiene prescritas, se observaron numerosos casos de envenenamiento.

Una mañana, al amanecer, aparecieron sobre los campamentos unas aeronaves, doradas por los primeros rayos del sol levante. Dada la alarma, los cañones apuntaron sobre ellas, y los dirigibles coaligados se dispusieron a darles caza. Sin preocuparse de tales peligros, los tripulantes de los aéreos arrojaron miles de manifiestos redactados en diversas lenguas, anunciando el ultimatum confederal: un plazo

de veinticuatro horas para levantar el campo y batirse en retirada; intimándose a los estados mayores, en caso de aceptación, la condición de enarbolar bandera blanca al amanecer del día próximo... De lo contrario, comenzaría la obra de destrucción, por los medios indicados en el ultimatum.

Durante todo el día funcionaron los aparatos de telegrafía sin hilos entre los ejércitos invasores y los gobiernos coaligados. Estos se indignaron de que pudiera pensarse en desarmar y batir en retirada ante la revolución, y ordenaron que la penetración se efectuara activamente.

Cuando las tropas se enteraron de que la invasión iba a continuar, a la inquietud que sentían sucedió una postración terrorífica; ¡se sintieron destinadas a la muerte! Hubo en muchos soldados indignación y cólera; mas como en su país había sido muy mansa la propaganda antimilitarista, esos sentimientos se exhalaban en maldiciones, no se condensaron en rebeldía. Preponderó la disciplina, y los desgraciados, atemorizados y estupefactos, esperaron los acontecimientos, que no tardaron en presentarse.

Al amanecer, los globos cautivos que ace-

chaban sobre los campos, señalaron la presencia, a algunos kilómetros, de unas instalaciones insólitas, parecidas a las de la telegrafía sin hilos. Se dió parte a los oficiales superiores; mas antes de que fuera posible tomar medidas de reconocimiento o de protección, comenzó la acción destructora.

Sin que ninguna perturbación atmosférica lo anunciara, formidables explosiones asolaron los campos. La tierra tembló, sufrió sacudidas, se abrió. Parecía un volcán inmenso vomitando hierro y fuego: eran los parques de artillería y los depósitos de municiones que explotaban espontáneamente, casi simultáneamente. A las detonaciones de los obuses se mezclaban el fuego graneado de los shrapnels y la crepitación de los cartuchos. Al mismo tiempo se vió avanzar por los aires con esbeltez y ligereza los aeroplanos tele-mecánicos. Cuando se cernieron sobre las tropas, y en el instante juzgado propicio por los operadores instalados a distancia, la inclinación radio-automática vertió sobre la llanura bombas asfixiantes, llenas de ácido prúsico y de sutiles venenos, y también obuses explosivos de una potencia destructora formidable.

Un huracán de hierro y de fuego se extendió sobre el campo, llevando a todas partes el espanto y la muerte. Las víctimas fueron

innumerables. Los muertos y los heridos cubrían la tierra, de donde se elevaban estertores de agonía y gritos de dolor. Los soldados indemnes, locos de miedo, no oían ni escuchaban nada, ni los llamamientos de los heridos ni las órdenes de algunos oficiales que aun conservaban la calma; ni la caridad, ni la obediencia les sujetaban, y corrían impulsados por una sola idea que sobrenadaba en su perturbado cerebro: ¡huir! ¡huir! ¡alejarse pronto de aquella escena de desolación!

Aquello fué la retirada, la desbandada, la derrota...

En confusión desordenada, lo que quedaba de los ejércitos rodaba hacia la frontera. El instinto de conservación había subyugado los demás sentimientos. Gritos salvajes, exclamaciones de cólera. ¡Desgraciado el que hubiera intentado contener o dirigir a aquella ola de rabia y desesperación!

El pánico aumentó aún, llegando al paroxismo del terror, cuando vieron cerniéndose sobre ellos las aeronaves de los confederados. Grandes clamores, alaridos de angustia se elevaron inspirados en el temor de que las naves aéreas se dispusieran a sembrar las espantosas epidemias anunciadas...

Crueldad y barbarie inútil. La lección era suficiente.

Mientras que en tierra, esas dramáticas catástrofes ponían fin a la guerra, en mar se operaba la destrucción de las flotas coaligadas por idénticos procedimientos.

Esas flotas habían empleado en concentrarse tanta lentitud como los ejércitos terrestres. También, al llegar a la vista de los puertos franceses, éstos estaban a la defensiva, provistos de postes de radio-exposición.

Las escuadras aliadas fueron también invitadas a retirarse. Los almirantes se negaron a acceder al ultimatum confederal, con el desdén consiguiente a la soberbia de considerarse invencibles, por tener a su disposición formidables medios de destrucción: contaban con torpedos radio-automáticos, y los cañones de sus acorazados eran certeros y eficaces a grandes distancias.

Además no había enemigo a quien atacar: ni acorazado, ni torpedero, ni submarino se presentó a impedir la ruta a los asaltantes...

Las flotas asaltantes estrecharon el bloqueo. Entonces se efectuó sin conmiseración ni lástima su destrucción.

Unos después de otros, sin que la menor alteración del aire denotara el paso de las hondas exterminadoras, fueron heridos por la invisible fuerza. Los acorazados colosales, los cruceros y los torpederos recibieron en su

santabárbara aquella funesta acción, que hizo deflagar los explosivos en ella acumulados, y con fragor de trueno estallaron, se rompieron, surgiendo colosales haces de llamas que envolvieron la escena en espantoso ambiente de fuego.

Momentos después, tras la fulguración luminosa de la explosión, la escuadra fué a pique, quedando bajo las aguas, convertidos en inmensa tumba, aquellas desgraciadas tripulaciones.

Al anuncio de aquella gigantesca destrucción, que les hería por mar y por tierra, los gobiernos quedaron aterrados; sintieron el frío glacial de la muerte, en tanto que los pueblos, reconfortados y animados, se agitaron al impulso de un viento cálido de rebeldía.

Mejor que en la tarde de Valmy fueron oportunas las proféticas palabras de Goethe: «Aquí comienza una era nueva para la historia...»